

Diálogo con Moctezuma

Italo Calvino

Yo — ¡Majestad! . . . ¡Santidad! . . . ¡Emperador! . . . ¡General! . . . No sé cómo llamaros, me veo obligado a recurrir a términos que sólo en parte traducen las atribuciones de vuestro cargo, apelativos que en mi lengua de hoy han perdido mucha de su autoridad, suenan como ecos de poderes desvanecidos. . . Así como se ha desvanecido vuestro trono, alzado en los altiplanos de México, el trono desde el cual reinasteis sobre los aztecas como el más augusto de sus soberanos, y también el último, Moctezuma. . . Hasta llamaros por el nombre me es difícil: Motecuhzoma, así parece que sonaba realmente vuestro nombre, que en los libros de nosotros los europeos, aparece diversamente deformado. Moteczuma, Montezuma. . . Un nombre que, según algunos autores, querría decir "hombre triste". En verdad habríais merecido este nombre, vos que habéis visto desmoronarse un imperio próspero y ordenado como el de los aztecas, invadido por seres incomprensibles, armados de instrumentos de muerte jamás conocidos. Debe de haber sido como si aquí en nuestras ciudades cayeran de improviso invasores extraterrestres. Pero ese momento nosotros nos lo hemos imaginado ya de todos los modos posibles; por lo menos así lo creemos. ¿Y vos? ¿Cuándo empezasteis a entender que era el fin de un mundo lo que estabais viviendo?

Moctezuma — El fin. . . El día rueda hacia el crepúsculo. . . El verano se pudre en un otoño barroso. . . Así cada día — cada verano. . . No está dicho que volverán cada vez. Para eso el hombre debe congraciarse con los dioses. Para que el sol y las estrellas sigan girando sobre los campos de maíz — un día — un año más. . .

Yo — ¿Queréis decir que el fin del mundo está siempre ahí en suspenso, y que de todos los acontecimientos extraordinarios de que fue testigo vuestra vida, el más extraordinario era que todo siguiese, no que todo se fuese desmoronando?

Moctezuma — No siempre los mismos dioses reinan en el cielo, no siempre los mismos imperios recaudan las contribuciones en las ciudades y en los campos. En toda mi vida he honrado a dos dioses, uno presente y uno ausente: el Colibrí Azul Huitzilopochtli que nos guiaba en la guerra a los aztecas, y el dios expulsado, la Serpiente Emplumada Quetzalcoatl, exiliado del otro lado del océano, en las tierras desconocidas de Occidente. Un día el dios ausente volvería a México y se vengaría de los otros dioses y de los pueblos que les eran fieles. Yo temía la amenaza que gravitaba sobre mi imperio, el cataclismo del que nacería la era de la Serpiente Emplumada, pero al mismo tiempo la esperaba, sentía en mí la impaciencia por el cumplimiento de aquel destino, aun sabiendo que habría traído consigo la ruina de los templos, la matanza de los aztecas, mi muerte. . .

Yo — ¿Y habéis creído de veras que el dios Quetzalcoatl desembarcaba a la cabeza de los conquistadores españoles, reconocisteis a la Serpiente Emplumada bajo el yelmo de hierro y la barba negra de Hernán Cortés?

Moctezuma (*un lamento de dolor*).

Yo — Perdonadme, rey Moctezuma: ese nombre vuelve a abrir una herida en vuestra alma. . .

Moctezuma — Basta. . . Esta historia ha sido contada demasiadas veces. Que aquel dios en nuestras tradiciones era representado con el rostro pálido y barbudo, y que al ver a (*emite un gemido*) Cortés pálido y barbudo lo reconocimos como al dios. . . No, no es tan sencillo. Las correspondencias entre los signos nunca son seguras. Todo debe ser interpretado: la escritura transmitida por nuestros sacer-

dots no está hecha de letras como la vuestra, sino de figuras.

Yo — ¿Queréis decir que vuestra escritura pictográfica y la realidad se lefan del mismo modo: ambas debían ser des-cifradas... ?

Moctezuma — En las figuras de los libros sagrados, en los bajorrelieves de los templos, en los mosaicos de plumas, cada línea, cada friso, cada franja coloreada puede tener un sentido. . . Y en los hechos que suceden, en los acontecimientos que se desenvuelven bajo nuestros ojos, cada mínimo detalle puede tener un sentido que nos advierte las intenciones de los dioses: un ropaje que se agita, una sombra que se dibuja en el polvo. . . Si es así con todas las cosas que tienen un nombre, piensa cuántas me salieron al encuentro que no tenían un nombre y cuyo sentido debía preguntarme continuamente! Aparecen en el mar cascos de madera flotantes con alas de tela hinchadas de viento. . . Los centinelas de mi ejército tratan de expresar con palabras todo lo que divisan, ¿pero cómo decir lo que todavía no se sabe qué es? En las playas desembarcan hombres vestidos de un metal gris que centellea al sol. Montan bestias jamás vistas, semejantes a robustos ciervos sin cuernos, que dejan en el suelo huellas en forma de media luna. En vez de arcos y lanzas llevan especies de trompetas con las que desencadenan el relámpago y el trueno, y quebrantan los huesos desde lejos. ¿Qué era más extraño: las figuras de nuestros libros sagrados, con los pequeños dioses terribles todos de perfil bajo tocados flameantes, o esos seres barbudos y sudados y malolientes? Avanzaban en nuestro espacio de todos los días, robaban las gallinas de nuestros gallineros, las asaban, las mondaban los huesos igual que nosotros, y sin embargo eran tan distintos de nosotros, incongruentes, inconcebibles. ¿Qué podíamos hacer, qué podía yo que había estudiado tanto el arte de interpretar las antiguas figuras de los templos y las visiones de los sueños, sino tratar de interpretar estas nuevas apariciones? No es que éstas se asemejaran a aquellas, pero las preguntas que podía hacerme frente a lo inexplicable que estaba viviendo eran las mismas que me hacía mirando a los dioses que rechinaban los dientes en los pergaminos pintados, o esculpidos en bloques de cobre revestidos de láminas de oro e incrustados de esmeraldas.

Yo — ¿Pero cuál era el fondo de vuestra incertidumbre, rey Moctezuma? Cuando visteis que los españoles no dejaban de avanzar, que enviárais al encuentro embajadores con regalos no servía más que para excitar su avidez de metales preciosos, que Cortés se aliaba con las tribus que soportaban mal vuestras vejaciones y las levantaba contra vosotros, y masacraba las tribus que instigadas por vosotros le tendían emboscadas, entonces lo acogisteis finalmente como huésped con todos sus soldados en la capital y dejásteis que, de huésped, se transformase rápidamente en patrón, aceptando que se proclamara defensor de vuestro trono en peligro y que, con esta excusa, os guardara prisionero. . . No me diréis que podáis creer en Cortés. . .

Moctezuma — Los blancos no eran inmortales, yo lo sabía; seguramente no eran los dioses que esperábamos. Pero tenían poderes que parecían más allá de lo humano: las flechas se daban contra sus corazas; sus cerbatanas incendiadas — o lo qué diablos fuesen — proyectaban dardos siempre mortales. Y sin embargo, sin embargo, no se podía excluir también una superioridad nuestra que podía quizá equilibrar la balanza. ¿Cuándo lo llevé a visitar las maravillas de nuestra capital su asombro fue tan grande! El verdadero triunfo fue nuestro, aquel día, sobre los zafios conquistadores de ultramar. Uno de ellos dijo que ni siquiera leyendo sus libros de aventuras habrían imaginado jamás semejante esplendor. Después Cortés me tomó como rehén

en el palacio donde yo lo había hospedado; no contento con todos los regalos que le hacía, mandó excavar una galería subterránea hasta la cámara del tesoro y la saqueó; mi suerte era retorcida y espinosa como un cactus. Pero la soldadesca que montaba guardia sobre mí se pasaba los días jugando a los dados y trampeando, hacía ruidos obscenos, reñía por los objetos de oro que yo les arrojaba y yo seguía siendo el rey. Lo probaba cada día: era superior a ellos, era yo el vencedor, no ellos.

Yo — ¿Esperáis todavía torcer el destino?

Moctezuma — Quizá entre los dioses en el cielo se estaba librando una batalla. Entre nosotros se había establecido una especie de equilibrio, como si los destinos estuvieran en suspenso. En nuestros lagos circundados de jardines blanqueaban las velas de los bergantines contruidos por ellos; desde las orillas, sus arcabuces disparaban salvas. Había días en que una imprevista felicidad se adueñaba de mí, y me reía hasta las lágrimas. Y días en que no hacía más que lagrimar, entre las carcajadas de mis carceleros. La paz resplandecía por momentos entre las nubes cargadas de guerra. No olvidar que a la cabeza de los extranjeros había una mujer, una mujer mejicana, de una tribu enemiga de nosotros pero de nuestra misma raza. Vosotros decís: Cortés, Cortés, y creéis que Malintzin — Doña Marina, como la llamáis — les servía sólo de intérprete. No, el cerebro, o por lo menos la mitad del cerebro de Cortés, era ella: dos eran las cabezas que guiaban la expedición española; el diseño de la Conquista nacía de la unión de una majestuosa princesa de nuestra tierra y de un hombrecillo pálido y peludo. Quizá fuera posible — yo la veía posible — una nueva era en la que se juntaran las cualidades de los invasores — que yo creía divinas — y nuestra civilización tanto más ordenada y refinada. Quizá los absorberíamos nosotros, con todas sus armaduras, los caballos, las espingardas, quizá nos adueñaríamos de sus poderes extraordinarios, haríamos que los dioses de ellos se señalaran en el banquete de nuestros dioses. . .

Yo — ¿Así os ilusionabais, Moctezuma, para negaros a ver los barrotes de vuestra prisión! Y sin embargo sabíais que había otro camino: el de resistir, de batallar, de vencer a los españoles. Era éste el camino elegido por vuestro sobrino, que había urdido una conjuración para liberaros. . . y vos lo traicionasteis, prestasteis a los españoles lo que quedaba de vuestra autoridad para sofocar la rebelión de vuestro pueblo. . . Y sin embargo Cortés en aquel momento tenía sólo cuatrocientos hombres, aislados en un continente desconocido, y por añadidura estaban en guerra con las autoridades mismas de su gobierno de ultramar. . . Ciertamente, por Cortés o contra Cortés, la flota y el ejército de España, del Imperio de Carlos Quinto, caían sobre el Nuevo Continente. . . ¿Era su intervención lo que temíais? ¿Ya os dabais cuenta de que la relación de fuerzas era aplastante, que el desafío a Europa era desesperado?

Moctezuma — Sabía que no éramos iguales, pero no como dices tú, hombre blanco, no era pesable, mensurable la diversidad que me detenía. . . No era como cuando entre dos tribus del altiplano — o entre dos naciones de vuestro continente — una quiere dominar a la otra, y el coraje y la fuerza en el combate es lo que decide la suerte. Para batirse con un enemigo hay que moverse en su mismo espacio, existir en su mismo tiempo. Y nosotros os examinábamos desde dimensiones distintas, sin rozaros. Cuando lo recibí por primera vez, Cortés violando todas las sagradas reglas, me abrazó.

Los sacerdotes y los dignatarios de mi corte se cubrieron el rostro escandalizados. Pero a mí me parece que nuestros cuerpos no se tocaron. No porque mi cargo me pusiese más

allá de cualquier contacto extraño, sino porque pertenecíamos a dos mundos que nunca se habían encontrado ni podían encontrarse.

Yo - Rey Moctezuma, era aquel el primer encuentro verdadero de Europa con los otros. El Nuevo Mundo había sido descubierta por Colón hacía menos de treinta años, y hasta ahora se había tratado sólo de islas tropicales, aldeas de chozas. . . Esto era entonces la primera expedición colonial de un ejército de blancos que encontraba no los famosos "salvajes" que sobreviven de la edad de oro de la prehistoria, sino una civilización compleja y copiosa. Y fue justo en que el primer encuentro entre nuestro mundo y el vuestro - digo vuestro mundo como ejemplo de cualquier otro mundo posible - cuando sucedió algo irreparable. Esto es lo que me pregunto, lo que os pregunto, rey Moctezuma. Frente a lo imprevisible demostrasteis prudencia, pero también irresolución, abandono. . . Y así no habéis evitado a vuestro pueblo y a vuestra tierra las masacres, la ruina que se perpetúa a través de los siglos. Quizá bastaba que os hubieseis opuesto con decisión a aquellos primeros conquistadores para que la relación entre mundos diversos se estableciera sobre otras bases, tuviese otra continuación. Quizá los europeos, advertidos por vuestra resistencia, se hubieran vuelto más prudentes y respetuosos. Quizá estabais todavía a tiempo para extirpar de las cabezas europeas la planta maligna que apenas despuntaba: la convicción de tener el derecho de destruir todo lo que es distinto, de saquear las riquezas del mundo, de expandir en los continentes la marcha uniforme de una triste miseria. Entonces la historia del mundo hubiera tomado otro curso, entenderéis, rey Moctezuma, entiendes, Moctezuma, lo que te dice un europeo de hoy, que está viviendo el final de una supremacía en la cual tantas energías extraordinarias se han desviado hacia el mal, en la que todo lo que habíamos pensado y realizado convencidos de que era un bien universal lleva el sello de una limitación. . . Responde a quien se siente como tú víctima y como tú responsable. . .

Moctezuma - Tú también hablas como si estuvieses leyendo un libro ya escrito. Para nosotros, entonces, lo único escrito era el libro de nuestros dioses, las profecías que se podían leer de mil maneras. Todo había que descifrarlo, cada hecho nuevo teníamos que insertarlo primeramente en el orden que sostiene el mundo y fuera del cual no existe nada. Cada uno de nuestros gestos era una pregunta que aguardaba una respuesta. Y para que toda respuesta tuviera una contraprueba segura, yo tenía que formular mis preguntas de dos maneras una en un sentido y la otra en sentido contrario. Preguntaba con la guerra y preguntaba con la paz. Por eso estaba a la cabeza del pueblo que resistía y estaba al mismo tiempo al lado de Cortés que lo sometía cruelmente. ¿Dices que no nos hemos batido? La ciudad de México se rebeló contra los españoles; llovían piedras y flechas de todos los techos. Entonces fue cuando mis súbditos me mataron a pedradas, en el momento en que Cortés me mandó apaciguarlos. Después los españoles recibieron refuerzos; los insurrectos fueron destrozados; nuestra ciudad inigualable fue destruida. La respuesta de aquel libro que yo iba descifrando fue: no. Por eso ves mi sombra encorvada merodeando entre estas ruinas, desde entonces.

Yo - Pero también para los españoles vosotros érais los otros, los diferentes, los incomprensibles, los inimaginables. También los españoles tenían que descifrarlos.

Moctezuma - Vosotros os adueñáis de las cosas; el orden que rige vuestro mundo es el de la apropiación; todo lo que debíais entender era que nosotros poseíamos una cosa más digna de apropiación para vosotros que cualquier otra y que para nosotros era sólo una materia graciosa para

collares y ornamentos el oro. Vuestros ojos buscaban oro, oro; vuestros pensamientos giraban como buitres en torno a aquel único objeto de deseo. Para nosotros en cambio el orden del mundo consistía en dar. Dar para que los dones de los dioses siguieran colmándonos, para que el sol siguiera saliendo todas las mañanas abrevándose en la sangre que mana. . .

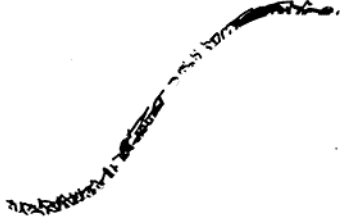
Yo - ¡La sangre, Moctezuma! No me atreva a mencionártela, y eres tú quien la nombra, la sangre de los sacrificios humanos. . .

Moctezuma - Otra vez. . . otra vez. . . Porque en cambio, vosotros, hagamos la cuenta, hagamos la cuenta de las víctimas de vuestra civilización y de la nuestra. . .

Yo - No, no, Moctezuma, el argumento no vale, sabes que no estoy aquí para justificar a Cortés y a los suyos, ciertamente no seré yo quien subestime los delitos que vuestra civilización ha cometido y sigue cometiendo, pero ahora estamos hablando de vuestra civilización! Aquellos jóvenes tendidos en los altares, los cuchillos de piedra que destrozaban el corazón, la sangre que salpica todo alrededor. . .

Moctezuma - ¿Y qué? ¿Qué? Los hombres de todos los tiempos y todos los lugares se afanan con un solo fin: tener el mundo para que no se deshaga. Sólo la manera varía. En nuestra ciudad toda de lagos y jardines aquel sacrificio de la sangre era necesario, como zapa la tierra, como canalizar el agua de los ríos. En vuestra ciudad toda de ruedas y jaulas la vista de la sangre es horrenda, lo sé. ¡Pero cuánto más rápido trituraban vuestros engranajes!

Yo - De acuerdo, toda cultura se entiende desde adentro, eso lo he confirmado, Moctezuma, ya no estamos en



los tiempos de la Conquista que destruyó vuestros templos y vuestros jardines. Sé que vuestra cultura era bajo muchos aspectos un modelo, pero del mismo modo quisiera que tú reconocieses sus aspectos monstruosos: que los prisioneros de guerra tuvieran que sufrir esa suerte...

Moctezuma —¿Qué necesidad hubiéramos tenido, si no, de hacer la guerra? Nuestra guerra era amable y jubilosa, un juego, por comparación con la vuestra. Pero un juego con una finalidad necesaria: establecer a quién le tocaba tenderse boca arriba sobre el altar en las fiestas del sacrificio y ofrecer el pecho al cuchillo de obsidiana blandido por el Gran Sacrificador. A cualquier le podía tocar aquella suerte, para bien de todos. Vuestras guerras ¿para qué sirven? Las motivaciones que dais cada vez son pretextos triviales: las conquistas, el oro.

Yo —¿O bien no dejarse dominar por los otros, no terminar como habéis terminado los españoles! Si hubierais matado a los hombres de Cortés, más aún, escucha bien lo que te digo, Moctezuma, si los hubierais degollado uno por uno sobre el altar de los sacrificios, bueno, en ese caso hubiera comprendido, porque estaba en juego vuestra supervivencia como pueblo, como continuidad histórica...

Moctezuma —¿Ves cómo te contradices, hombre blanco? Matarlos... Yo quería hacer algo más importante todavía; pensarlos. Si conseguía pensar a los españoles, hacerlos entrar en el orden de mis pensamientos, estar seguro de su verdadera esencia, dioses o demonios da lo mismo, o seres como nosotros sujetos a deseos divinos o demoníacos, en una palabra, hacer de ellos —de inconcebibles que eran—

algo en el que el pensamiento pudiera detenerse y apresarlo, entonces, sólo entonces hubiera podido hacerlos aliados míos o enemigos, reconocerlos como perseguidores o como víctimas.

Yo —Para Cortés, en cambio, todo era claro. Esos problemas él no se los planteaba. Sabía lo que quería, el español.

Moctezuma —Para él era como para mí. La verdadera victoria que se esforzaba por obtener sobre mí era esa: pensarme.

Yo —¿Y lo consiguió?

Moctezuma —No. Pude parecer que hizo de mí lo que quería: me engañó muchas veces, saqué mis tesoros, usó mi autoridad como escudo, me mandó morir lapidado por mis súbditos, pero no consiguió tenerme. Lo que yo era quedó fuera del alcance de sus pensamientos, inasequible. Su razón no consiguió envolver en sus redes mi razón. Por eso vuelves a encontrarme entre las ruinas de mi imperio de vuestros imperios. Por eso vienes a interrogarme. Después de más de cuatro siglos de mi derrota, no estáis seguros de haberme vencido. La verdadera guerra y la verdadera paz no suceden sobre la tierra sino entre los dioses.

Yo —Moctezuma, ahora me has explicado por qué era imposible que vencerais. La guerra entre los dioses quiere decir que detrás de los aventureros de Cortés estaba la idea de Occidente, la historia que no se detiene, que avanza englobando las civilizaciones por las cuales la historia se ha detenido.

Moctezuma —También tú superpones tus dioses a los hechos. ¿Qué es eso que llamas la historia? Quizá sólo es la falta de un equilibrio duradero, dices que la historia se ha detenido. Si con vuestra historia hubierais conseguido llegar a ser menos esclavos, ahora no vendrías a reprocharme que no os haya detenido a tiempo. ¿Qué buscas de mí? Te has dado cuenta de que ya no sabes qué es vuestra historia, y te preguntas si no hubiera podido seguir otro curso. Y según tú, ese otro curso hubiera debido dárselo yo, a la historia. ¿Y cómo? Poniéndome a pensar con vuestra cabeza? También vosotros necesitáis clasificar bajo los nombres de vuestros dioses cada cosa nueva que perturba vuestros horizontes, y no estáis nunca seguros de que sean verdaderos dioses o espíritus malignos, y no tardáis en caer prisioneros de ellos. Las leyes de las fuerzas materiales os parecen claras, pero no por eso dejáis de esperar que detrás de ellas se os revele el dibujo del destino del mundo. Sí, es cierto, en aquel comienzo de vuestro siglo dieciséis quizá la suerte del mundo no estaba decidida. Vuestra civilización del movimiento perpetuo no sabía aún a dónde iba —como hoy no sabe más dónde ir y nosotros, la civilización de la permanencia y del equilibrio, podíamos todavía englobarla en nuestra armonía.

Yo —¿Era tarde! ¡Tendríais que haber sido vosotros, los aztecas, quienes desembarcaran en Sevilla, invadieran Extremadura! ¡La historia tiene un sentido que no se puede cambiar!

Moctezuma —¿Un sentido que quieres imponerle tú, hombre blanco! Si no el mundo se desmorona bajo tus pies. Yo también tenía un mundo que me sostenía, un mundo que no era el tuyo. Yo también quería que el sentido de todo no se perdiese.

Yo —Sé por qué te importaba. ¡Porque si el sentido de tu mundo se perdía, entonces las montañas de calaveras apiladas en los osarios de los templos no hubieran tenido más sentido, y la piedra de los altares se hubiera convertido en un mostrador de carnicero embadurnado de sangre humana inocente!

Moctezuma —Así miras hoy tus matanzas, hombre blanco.

